están adornadas con ricas esculturas de Gibbons y bustos en mármol de antiguos poetas, sabios y otros hombres ilustres, algunos de ellos debidos al cincel de Roubiliac. Al fin de la sala está la magnífica estatua de Lord Byron hecha por Thorwaldsen. Tambien hay muchas reliquias, en cuya descripcion no podemos entrar.

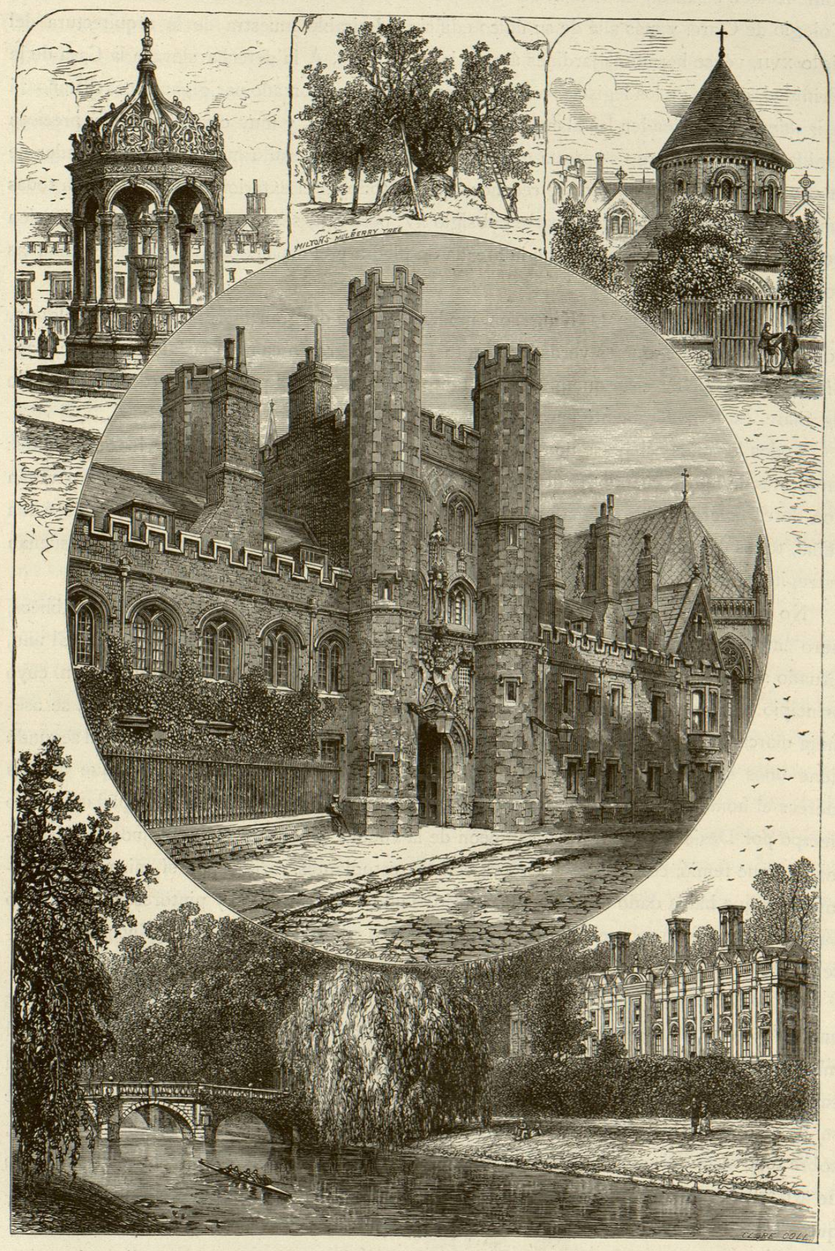
A pesar de la sencillez de algunas partes, y de su poca altura, seria difícil encontrar un cuadrángulo mas notable que el que forma el Gran Palacio de la Trinidad, al que están agregadas varias porciones de otros edificios más antiguos, reunidos en uno solo por disposicion de Enrique VIII para formar su Colegio de la «Santa é Indivisible Trinidad.» Se han hecho, sin embargo, algunas otras alteraciones, con ese mal gusto que se observa en todas las efectuadas en el siglo XVIII, pero la mayor parte del palacio data del año 1615. Las torres de las puertas de entrada interrumpen la línea del edificio en tres de los lados; junto á la del norte está la capilla, cuyo exterior, muy sencillo, es obra del siglo XVI; el interior se ha decorado recientemente con gran magnificencia, poniendo hermosos cuadros, molduras y cristales de colores de mucho mérito. En la tarde del domingo, cuando se reunen los coros y se ilumina brillantemente la capilla, el conjunto que presenta es deslumbrador. En la ante-capilla se ven las estatuas de Barrow, Bacon, Macaulay y Whewell; tambien está la de Newton, obra de Roubiliac.

Los más de los colegios pueden vanagloriarse de haber tenido una larga serie de alumnos ilustres, pero ninguno tantos como el de la Trinidad, que es el más grande y rico: en su lista figuran príncipes, pares, grandes políticos, teólogos, poetas, y otros hombres notables así en las ciencias como en la literatura. En esos patios han paseado Dryden y Macaulay, Tennyson y Arturo Allam. Todavía se pueden ver las habitaciones de Newton y de Byron, los libros de Bentley y de Porson, conservándose igualmente los recuerdos de Whewell y de Sedgwick, el primero de los geólogos ingleses.

Sin detenernos más, pasemos por la puerta principal, sobrepuesta de la estatua de Enrique VIII, el real fundador, para salir á la calle de la Trinidad, donde pronto daremos vista al Colegio de San Juan; poco más allá de este, siguiendo una estrecha calle que va perdiendo poco á poco sus más pintorescas casas, iremos á parar al Colegio de Granville y Cayo, la más notable obra moderna que hay en Cambridge. La puerta nueva da á la parte más ancha de la calle, pero otra más pequeña indica el sitio donde estaba la antigua; otra de mayores dimensiones, en cuyo frontis se leen las inscripciones *Virtutis* y *Sapientiæ*, da entrada al patio interior, y una tercera, más suntuosa, conduce á las escuelas; en su parte superior se ha inscrito la palabra *Honoris*, y así se completa la sentencia de que por la virtud y el saber se llega á los más altos puestos.

A la izquierda de la puerta de Honor, construida por el doctor Cayo, uno de los fundadores del colegio, hácia el año 1558, se ve la Casa del Senado, donde se celebran muchos exámenes y las ceremonias públicas de la Universidad.

La Biblioteca pública, contenida en parte en los edificios ocupados en otro tiempo por los alumnos del Colegio de King, contiene una numerosa coleccion de libros y manuscritos; detrás se halla el Museo Geológico, al que se llega por la antigua puerta de dicho colegio,



Vistas de Cambridge

comenzada á construir en tiempo de Enrique VI y que no se concluyó. En frente está el Colegio de Clare, y más allá de su único edificio, admirable muestra de la arquitectura del siglo XVII, vénse hermosos jardines á cada lado del Cam. A la derecha elévase la Casa de la Trinidad, centro de los legistas, con su inmenso jardin sombreado por gigantescos castaños; á la izquierda se extienden las alamedas del Colegio de King, y muy cerca hállase su preciosa capilla, que sin embargo se presta mucho á la crítica por su estilo monótono y la pesadez de la construccion; estos defectos se reconocen sobre todo en el exterior, como sucede con todas las construcciones de la última parte del siglo XV; pero muy severo debe ser el crítico á quien no impresionen la grandiosidad de la arcada de piedra y el esplendor de las grandes ventanas con vidrios de colores.

Los demás edificios de King son modernos, y no de gran mérito, contándose alguno, como el de Fellows, que es verdaderamente feísimo; pero en cambio las alamedas son magníficas, y el golpe de vista que presentan, tanto por la parte del puente como desde el Colegio de Clare, es verdaderamente encantador.

Todos los años celébrase una ceremonia en el espacio de rio que hay entre los dos puentes: en el mes de mayo, cuando han terminado ya las regatas del Colegio, los botes se empavesan con flores, colocándose en línea uno tras otro, con sus tripulantes vestidos de toda gala; á una señal, todos levantan sus remos para saludar al bote que hace de jefe; entónces resuenan estrepitosos hurras, y despues de algunas evoluciones, los botes atracan en la orilla.

No nos queda espacio suficiente para describir los demás colegios ó edificios públicos, pero entre los primeros se cuentan dos, sobre los cuales debemos decir alguna cosa. El uno, situado sobre el rio, detrás de Santa Catalina, es el Colegio de la Reina, fundacion cuyo principio data de la época de Margarita de Anjou; el primer edificio, con su portal, se asemeja marcadamente al del Colegio de San Juan, y hállase en mucho mejor estado; el segundo tiene unos singulares claustros estrechos de ladrillo, y en un angosto patio, que apénas merece el nombre de tal, hállase la escalera que conduce á las habitaciones ocupadas en otro tiempo por Desiderio Erasmo, el campeon de la «nueva enseñanza,» que promovió la Reforma, aunque temió, como sucede á veces con los estudiantes, dirigir por sí mismo el movimiento á que habia dado el principal impulso. Todo este sitio es muy pintoresco, mas no lo parecerá tanto si no se vuelve la espalda á unos feos edificios levantados á principios del presente siglo.

El otro Colegio es el de Jesus, que se halla á cierta distancia de los otros, á la entrada de una calle situada entre el Colegio de Sidney Sussex y la Iglesia Redonda. Edificado en el mismo sitio que ocupó un convento de monjas dedicado á Santa Radegunda, conserva en su capilla una gran parte de la antigua iglesia de aquel, hermosa construccion del año 1200 que se ha restaurado magníficamente. Las demás partes del Colegio no dejan de ofrecer interés, sobre todo el portal que conduce desde aquel al patio de la capilla, en la cual se ve el escudo de armas del fundador, el obispo Alcock, y la dedicatoria: esta parte data del reinado de Enrique VII.

En cuanto á la vida doméstica en la Universidad y á los estudios que en ella se hacen, es

asunto demasiado extenso para tratarle aquí, y sólo diremos que por la estricta observancia de los reglamentos se han conservado antiguas costumbres que difícilmente desaparecerán. En algunas de las ceremonias y trajes distintivos, y en las fiestas que celebran los colegios ciertos dias del año, hay mucho de pintoresco, y no poco atractivo. La Universidad, por otra parte, es rica en reliquias materiales del pasado; contiene preciosos manuscritos, libros y pinturas, y tesoros artísticos de la antigüedad, cuya descripcion exigiria todo un libro. En cuanto al sistema de enseñanza, si no perfecto, por lo ménos es bueno, y con él se han obtenido excelentes resultados; y por lo que hace á los estudiantes, como hay mucho compañerismo, siempre suele reinar entre ellos la mejor inteligencia.

ETON

El viajero que despues de visitar el soberbio Castillo de Windsor y la localidad de este nombre se dirige en una barca á la orilla opuesta, no podrá ménos de notar el marcado contraste que ofrece lo que acaba de ver con lo que ve. La escarpadísima roca, utilizada desde tiempo inmemorial para obra defensiva, domina una rica pradera donde las vacas y los caballos pacen tranquilamente; un poco más allá elévase una línea de construcciones de ladrillo, notables por ese tinte especial que sólo comunica la accion del tiempo, tinte tan apreciado por los pintores; y aún más léjos destácase el arco y las torrecillas de la capilla de un hermoso edificio, orgullo de la localidad donde se halla: es el Colegio de Eton, la primera de las escuelas inglesas, fundado por el rey Enrique VI. En 6 de diciembre de 1441, dia de su cumpleaños, este monarca puso la primera piedra del edificio, y desde entónces, seguramente contemplaria con frecuencia desde el terrado de su castillo la pequeña iglesia parroquial de la «isla-pueblo, Ea-ton», sombreada por las obras defensivas de la fortaleza, pensando que allí tendria un monumento digno de fama, propio para conservar en el trascurso de las edades lo mejor y más noble del espíritu inglés. El rey *escolar*, con quien la historia no ha sido muy justa, comprendió que no estaba llamado á vencer en las rudas contiendas del mundo, que seria derrotado en la guerra por muchos y muy poderosos rivales, eclipsado en celebridad por muchos y más populares sucesores; y hé aquí, sin duda, por qué se fijó con mayor empeño en el plan, concebido ya en sus juveniles años, de fundar dos institutos, uno en Eton y otro en Cambridge, donde se daria toda la educacion necesaria para un caballero inglés, y donde, con arreglo á la creencia y prácticas de la época, algunos sacerdotes rezarian por el reposo de su alma. El bienestar de estos dos institutos ocupó su pensamiento miéntras vivió, segun se reconoce en su último testamento, que aún se conserva en la biblioteca del Colegio de Eton, considerándose como el gérmen de los estatutos por los cuales se rige el Colegio, y como el cánon más autorizado de las intenciones del fundador.

Eton parece haber sido desde un principio lo que siempre ha sido despues, un plantel de los «caballeros de Inglaterra.» El rey Enrique VII era natural de Eton; y en las «Cartas de Paston,» escritas en tiempo de este monarca, dícese que no pocos caballeros campesinos, que habitaban tan léjos como Norfolk, tenian costumbre de ir á Eton á caballo para asistir á las